

Para leerlo mejor. Publicaciones en español en los Estados Unidos (2000-2012). Compilación y edición de Eduardo Lolo. New York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2013.

PRÓLOGO

Español. Que se tenga noticia, esa es la primera lengua europea en escucharse en lo que hoy se conoce como Estados Unidos de América. Es más, mientras el inglés pugnaba por sobrevivir junto a sus maltrechos hablantes en una angosta franja de tierra en la costa Este, el castellano se extendía, como una apacible pero imparable marea lingüística, no solamente por lo que luego serían los estados fronterizos del sur, sino por toda la ribera continental del Oeste hasta lo que con el tiempo llamaríamos el Canadá. No en balde la gran cantidad de toponímicos en español todavía vigentes, tanto para denominar estados, como ríos y grandes ciudades. Sirven de ejemplo Montana (con su eñe truncada, pero hispana aún), Texas, Nevada; Amarillo, Colorado, Río Frío; Los Ángeles, Las Vegas, El Paso, y un largo etcétera. La primera ciudad en fundarse fue hispana: San Agustín, en el litoral atlántico de la Florida. Todavía se conserva allí el local de lo que se identifica en los folletos turísticos como la primera escuela existente en los EE.UU. Lo que no se dice es que la lengua de instrucción en ese colegio primado de Norteamérica fue el español.

Consecuentemente, las primeras publicaciones en estas tierras vieron la luz en nuestro idioma. Sólo que no eran estadounidenses, pues todavía no existía el país del cual habría de surgir el gentilicio. Eran publicaciones del Virreinato de la Nueva España, con su lejano centro en el antiguo Tenochtitlán; tan distante de estas zonas que sus gobernadores no tenían idea de hasta dónde se extendían sus dominios.

Todo cambió bruscamente cuando España decidió canjear la Florida por La Habana, –luego de unos meses de ocupación inglesa–, y las exiguas trece colonias británicas dejaron de serlo, cobrando tales bríos con su independencia que todo un continente les pareció chico. Compras de gigantescas extensiones territoriales por bagatelas, anexiones a la fuerza, desahucios y relocalizaciones con violencia de pueblos autóctonos, y ocupaciones de zonas cuyas existencias no se conocieron sino con la expedición de Lewis y Clark, concluyeron en la formación del coloso norteamericano actual. Desde el punto de vista lingüístico, la sosegada marea castellana fue suplantada por todo un monumental tsunami anglosajón que arrasó todas las lenguas a su paso. Los ingleses fueron vencidos; pero el inglés resultó vencedor.

El español, sin embargo, nunca llegó a desaparecer de estos parajes. Aunque relegado a un segundo plano, publicaciones periódicas y libros se siguieron editando en castellano e, incluso, en el siglo XIX aumentaron sus ofertas con los nuevos avances tecnológicos (el linotipo, la rotativa, etc.) que agilizaban y abarataban el proceso de impresión tipográfica. Las luchas independentistas al sur del Río Bravo trajeron oleadas de exiliados o refugiados que mantuvieron estable el flujo de nuevos lectores en español en las principales ciudades de los Estados Unidos. Luego, la inestabilidad política endémica de la mayoría de las repúblicas

hispanoamericanas se encargaría de que nunca faltaran nuevos hispanohablantes en estas tierras, ávidos por mantener su cultura a través de su mayor exponente: el idioma que le sirve de vehículo e identificación.

Como consecuencia de lo anterior la convivencia de las dos lenguas se ha mantenido, con sus altas y sus bajas, hasta el día de hoy, en que asistimos a uno de los ciclos de marcado crecimiento del uso del español en los Estados Unidos. Determinan el mismo la conjunción de una destacada tasa de inmigración hispana con un desarrollo tecnológico de las comunicaciones tan avanzado que sólo unas décadas atrás habría parecido algo salido de un relato de ciencia-ficción

Así, es muy probable que una madre en el desierto de Sonora esté ahora mismo contemplando las fotos de su hijo retozando en la nieve de Utah a través de Facebook tan solo unos segundos después de ser tomadas. Y no sería nada sorprendente ver a una empleada de factoría en Chicago sollozando subrepticamente en su puesto de trabajo como reacción a lo que mira de reojo en su teléfono celular: el capítulo de una telenovela transmitido en ese momento por un canal de televisión en Ciudad de México. O que una abuela en Santo Domingo ‘asista’ al bautizo de uno de sus nietos en Nueva York gracias a Skype, rezando al unísono de los presentes en la ceremonia. No en balde se ha hecho tan popular el término “aldea global” para referirse a lo que hace unos pocos años más que un planeta se consideraba mundos apartes. Pues es el caso que hoy en día, gracias a los destacados avances científicos de este siglo de estreno, se puede estar en Dakota y ser en Durango a la vez.

Demográficamente, los hispanounidenses componen en la actualidad la más numerosa minoría en el país, con un ritmo de crecimiento superior, incluso, a la mayoría anglosajona. Constituyen, en la práctica, una nación dentro de una nación: decenas de millones de personas que consuetudinariamente hablan, leen, oyen la radio y miran la televisión en español. Ciertamente muchos hijos y nietos de inmigrantes sucumben al llamado “melting pot” lingüístico, llegando hasta a perder el dominio del castellano. Pero del distante solar familiar arriba entonces un primo, un pariente lejano, o un simple paisano que ocupa su lugar en el habla ancestral del pueblito nunca del todo abandonado. Y muchos de esos jóvenes ‘desertores’ del idioma, al tomar conciencia de la ventaja de ser bilingües, terminan matriculándose en cursos de español en colegios y universidades locales, reencontrándose consigo mismos en la música de las palabras de la infancia que creían perdidas. Y vuelven a hablar, y a leer, y a escribir en castellano.

Tanto para esos ‘nuevos’ lectores en nuestra lengua, como para sus mayores o los recién llegados, se importan todos los años decenas de publicaciones de países hispanoparlantes, fundamentalmente desde España y México. Pero existe también un caudal de periódicos, revistas y libros editados en español en los EE. UU. que termina opacando lo importado. Ello se debe a la gran cantidad de escritores, editores y periodistas hispanos que viven o han vivido por largos períodos de tiempo en los Estados Unidos. Casi siempre llegan a estas costas en busca de un refugio seguro, ya sea huyendo de condiciones económicas adversas, o de la represión y/o la violencia de sus países de origen. Algunos de ellos, imposibilitados de desarrollarse como intelectuales en sus lugares de nacimiento, terminan formándose como tales en el sistema educativo norteamericano. Otros llegan a los Estados Unidos ya instruidos académicamente, habiendo abandonado sus naciones al verse impedidos de ejercer sus profesiones bajo la bota de

regímenes dictatoriales (tanto de ‘derecha’ como de ‘izquierda’), el acoso de grupos terroristas, o la violencia de pandillas criminales.

Esos creadores desplazados se acogen a la hospitalidad norteamericana y su estado de derecho para poder llevar a cabo sus labores sin fundadas aprensiones; todos son, inicialmente, emigrantes a la fuerza acuciados por el miedo, el hambre, la frustración y/o la desesperanza. O con la muerte violenta pisándoles los talones. Entre aquellos que corren con la suerte de sobrevivir a la situación que les hizo emigrar, hay quienes regresan al terruño natal, en una especie de añorado retorno a la semilla. Los más, por el contrario, echan nuevas raíces en medio del pueblo inicialmente ajeno que les acogiera; eligen, a veces presionados sentimentalmente por los hijos y nietos nacidos en los EE.UU., continuar sus vidas al calor de una democracia estable –aunque diste mucho de ser perfecta– como la norteamericana. Tal elección no implica, sin embargo, una ruptura del cordón umbilical que los ha mantenido unidos a la matriz cultural de su procedencia, pues también al escribir o editar es posible estar ‘aquí’ y ser ‘allá’ de manera simultánea. Los ejemplos son muchos, prácticamente de todas nuestras nacionalidades y durante épocas disímiles, en insólito concierto de ‘aquíes’ y ‘alláes’ múltiples.

El objetivo de la presente muestra bibliográfica no es, sin embargo, recoger la labor creadora de los escritores y periodistas hispanos residentes en los EE.UU. (muchos de los cuales dan a conocer sus trabajos, fundamentalmente, en sus patrias de origen), sino registrar la extensión del uso del idioma español en el mundo editorial y los medios masivos de comunicación del país en los primeros años del siglo XXI. El tema resulta de sumo interés para la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), como lo demuestran sus actividades y publicaciones al respecto. De ahí la destacada participación de la mayoría de los miembros y colaboradores de la organización en este proyecto, que es de todos. Por la misma razón se seleccionó *Para leer mejor* para iniciar la Colección Bibliografía de las Ediciones ANLE.

La recopilación consta de tres capítulos: uno dedicado a los libros, otro a la prensa escrita (lo mismo periódicos que revistas) y un tercero a las emisoras de radio y televisión, con un breve estudio introductorio cada uno de ellos. Luego, a partir del 2014, tenemos planeado la confección de anexos complementarios bienales que recojan lo aparecido con posterioridad al 2012.

Como se infiere del subtítulo, la presente compilación se hizo tomando en cuenta solamente las publicaciones originadas en los 50 estados de la Unión, por lo que se excluyeron las aparecidas en Puerto Rico, Islas Vírgenes y otros territorios bajo jurisdicción estadounidense que no son oficialmente estados de la nación. Fueron también excluidos los trabajos individuales dentro de las publicaciones periódicas, así como los programas seriados o especiales de radio y televisión transmitidos durante el período estudiado. Tampoco se registraron discos grabados, videos, filmes, ni juegos cibernéticos.

A pesar de las exclusiones señaladas, el caudal de información a procesar fue inmenso. El punto de partida fueron sendos catálogos de dos bibliotecas a los que tuvimos acceso y el archivo de la MLA International Bibliography que su editora, Barbara Chen, tuvo la gentileza de poner a nuestra disposición. Luego, en respuesta a la circular emitida por la Comisión de Bibliografía y Hemerotecnia de la ANLE, muchos editores nos hicieron llegar las listas de sus publicaciones durante el lapso temporal establecido. Por último no pocos autores, enterados del proyecto, nos enviaron directamente las fichas de sus propias obras. A todos hacemos llegar

públicamente nuestro agradecimiento, pues sin semejante colaboración este compendio bibliográfico no habría podido materializarse.

De lo anterior se desprende, a manera de corolario, que el compilador solo tuvo literalmente en sus manos un reducido número de los libros y otras publicaciones del total registrado, por lo que si había algún error en los catálogos consultados o los listados recibidos, aquí aparecerá reproducido. A esas posibles faltas foráneas es muy probable que haya que añadir alguna que otra pifia propia, sobreviviente a todo escrutinio. Hecha la aclaración, desde ahora pedimos disculpas por todos los posibles errores que puedan haber pasado inadvertidos, tanto propios como ajenos. Ninguno de ellos responde a una intención malsana, por lo que mucho agradeceríamos nos lo hicieran notar para hacer la enmienda pertinente en el próximo anexo ya anunciado.

También se hace necesario aclarar que la bibliografía aquí acopiada no cubre todo lo publicado en español en los Estados Unidos entre el 2000 y el 2012, sino sólo una parte, aunque significativa. Ello se debe a varios factores: por un lado, al hecho de que no todas las editoriales respondieron positivamente a nuestros pedidos; unas, al parecer estaban tan enfrascadas en la comercialización de sus inventarios actuales que no pudieron dedicarle tiempo a la relación de libros ya agotados y/o publicaciones periódicas extintas; otras, por haber desaparecido, en fenómeno desafortunadamente común en los últimos tiempos. Pero también por la atomización de pequeñas imprentas por todo el territorio de la Unión, sin contacto alguno con los centros fundamentales de editores, cuyas existencias parecen poco menos que clandestinas, nacidas, dirigidas y reducidas a guetos culturales ni siquiera de carácter nacional, sino regional. Nuestra imposibilidad de identificarlas y contactarlas todas ha determinado que muchas de sus publicaciones no hayan quedado aquí registradas.

Por último, es de señalar que la crisis económica de mediados de la década también afectó a las empresas editoriales hispanas, y no solamente en los Estados Unidos. Hasta en España, reconocida como la potencia editorial en castellano por excelencia, los números de ediciones y venta de libros, periódicos y revistas conforman una línea descendiente más que preocupante: basta con leer los últimos informes anuales de la Federación de Gremios de Editores de España para comprobarlo. Libreros y medios ya no compiten por ver cuál aumenta su venta o circulación, sino cuál sufre una reducción menor con relación al mes anterior. En nuestro país se publicaron más libros, periódicos y revistas en español a principios de siglo que entrada la segunda década, y ello a pesar del sustancial aumento de nuevos inmigrantes hispanos durante el período. El impacto de las ediciones digitales, dado lo bisoño del medio, todavía es muy temprano para analizarlo con objetividad; la novedosa modalidad pudiera terminar siendo lo mismo un aliado que un enemigo del libro.

No obstante ese sombrío panorama, sigo siendo optimista: estoy convencido de que el éxito del libro y sus extensiones periódicas está garantizado. Puede que durante este siglo cambien de presentación y se vuelvan electrónicos, o iónicos, o quién sabe qué; pero sus objetivos básicos se seguirán cumpliendo como hasta ahora. Y nunca habrá demasiados libros, periódicos o revistas, como nunca habrá demasiados seres humanos o demasiadas ideas. Porque la palabra escrita (ya sea en tabletas de arcilla, rollos de pergamino, cuadernos de papel, diskettes, impulsos cibernéticos u hologramas) ha permitido al hombre alcanzar algo que antes de su advenimiento

estuvo reservado sólo a los dioses: la inmortalidad. Y ya no habrá Dios irascible alguno que pueda expulsarlo de nuevo.

Eduardo Lolo

Nueva York, verano de 2013.